

De Profundis

De tanto mirar la sangre de tu costado, ¡oh mi Dios, oh
mi dulce mal!,
se me ha saltado del corazón de piedra un doloroso manantial,
que recorriendo, pesado y profundo, mis entrañas, ¡oh mi Dios,
oh mi dulce mal!,
se me vuelca por los ojos en espesas lágrimas de acíbar y
de sal.

De tanto escrutar tus labios enmudecidos, ¡oh mi Dios, oh mi
amargo bien!,
han debido perecer en mi boca — a dentelladas — la burla
imbécil y el desdén.
para que de ella naciera, entre sacudidas de llanto, ¡oh mi
Dios, oh mi amargo bien!,
el alarido de Dimas que demanda de tus labios la promesa del
Edén.

De tanto explorar tu corona de espinas, ¡oh mi Dios, oh mi
amargo dulzor!,
se me desploma sobre el pecho la cabeza en un arranque de con-
fusión y de dolor. . .

¿Quién supondría que al cabo de dos milenios, ¡oh mi Dios,
oh mi amargo dulzor!,
este rosal renegado habría de darte tantas espinas y ninguna
flor?

De tanto contemplar tus manos y tus pies clavados, ¡oh mi
Dios, oh mi huérfano Jesús!,
veo de pronto mi descarado olvido y el de tu pueblo a plena
luz. . .

¿Quién diría que en el decurso de veinte siglos, ¡oh mi Dios,
oh mi huérfano Jesús!,
a nadie se le ocurriera desclavarte, para librarte de la Cruz? . . .
¡Oh mi Dios desventurado, mi amargo amigo, mi dulce mal, mi
gozo cruel:
toda una vida que te conozco, y haberte sido siempre infiel! . . .
¡Toda una vida que me acosa tu corazón, en ansia cruel,
para instalarse en mi pecho, y morirse de frío y de soledad en
él. . .

—CLEMENTE RUPPEL, S.V.D.